

EDITORIAL

Se incurre en ostensible injusticia cuando, a título de exaltar los bienes que aportará el desarrollo cultural del país la futura Ciudad Universitaria de México, se alude y se insiste en las deficiencias de organización de la presente Universidad Nacional.

No debe cegarnos la inminencia del disfrute de unas instalaciones escolares y deportivas que difícilmente tendrán rivales en muchos países, por lo que ve a grandiosidad y amplitud. El menoscabo a que se hace referencia resulta infundado, porque a pesar de las severas restricciones económicas a que la Universidad Nacional de

México se vio sujeta en los últimos años, se lograron superaciones que se hallan a la vista de todos, de modo muy principal en la rama de la investigación científica.

Nuestra Casa de Estudios muestra gozo de tanto crédito en el exterior como en la actual etapa de su vida. Durante la conmemoración de su IV Centenario, el año pasado, estuvieron presentes los representantes de los más prestigiosos establecimientos mundiales del saber, en plan de estricta igualdad. Por otra parte, la Universidad Nacional ha sido admitida en organismos internacionales en los que la admisión se ciñe a normas en extremo rigurosas.

La LITERATURA del Tiempo

Por Pablo GONZALEZ CASANOVA

La literatura perseguida se vuelve, como la herejía y los filósofos, literatura del tiempo. A su condición herética se suma la historicidad. Los grandes escritores de la literatura tienen una razón más para acurrucarse. Quien encarcelar al tiempo, como antes encarcelaban y acuchaban las diferencias, las disparidades, las desuniones del cristianismo.

La literatura se va volviendo racionalista en México por un influjo de las circunstancias y de la literatura extranjera que fluye a la luz de una filosofía estranamente nueva. Va perdiendo sus caracteres tradicionales, va transformando los viejos signos de las herejías piadosas, mágicas, supersticiosas, sectarias o simplemente umorales y absurdas. La primera noticia que tenemos de esta transformación se encuentra al lado de unas cartas religiosas dedicadas a Dios, a la Cruz y a María, características malagueñas de los escritores finales del Renacimiento. M. de la Palina: "Porque nada se le da a quien no se le da nada". Se trata de un manuscrito de consejos sobre la prudencia en los negocios, destinado a ser leído por un príncipe que no rechazar a aceptar nada porque sea viejo o porque sea nuevo, sino en razón de bondad:

"Regla es también prudencia no mirar a la antigüedad de las cosas, aprobar o condenarlas —dice el autor— porque muchas cosas muy antiguas y muy malas, y otras muy nuevas y muy buenas, y en la vejez es parte para justificar lo malo, ni la novedad lo debe ser para condenar lo bueno, sino de todo y por todo hincar los ojos en los méritos de las cosas, y en los años..."

Una nueva actitud, un nuevo estilo de pensar que está naciendo. Alguien niega la existencia del infierno con tales palabras: "El cielo lo voy y a la tierra la piso; pero al infierno no..." El hombre se empieza a dar importancia. El mundo va cambiando y su estilo también. No abandonamos todos los temas, ni son temas siempre novedosos los que dan idea de esta evolución. A menudo en los viejos temas se nota el cambio. La mirada perspicaz de los teólogos advierte hasta en los gestos más religiosos un gusto, una golosina del espíritu, que los siglos e incluso contrarios al tautismo del cristianismo. Además, describe inclinaciones que antes no existían, pero que los hombres se van enamorando de la filosofía moderna, de la física, de la elocuencia profana, de las ciencias naturales y de las Bellas Letras que cuentan historias fantásticas del mundo muy apartadas de los caminos del Señor.

Y cuando los teólogos más agudos se ponen a reflexionar sobre el origen de la profundidad descubren, no sin razón, que sus raíces se encuentran también en las sectas de la Edad Moderna. Advierten que en el siglo XVI nació el tiempo con Lutero y que creció en el XVI con Jansenio. Atribuyen la paternidad del tiempo a Erasmo, a Cartesio y a otros espíritus anteriores a su siglo que llegaron a ser condenados por la iglesia, o se mantuvieron en el seno de ella, sin obstante sus ideas sospechosas. Observan que Wiclif y los herejes de los siglos XVI aborrecían la teología escolástica; que Escaliger y los jansenistas promovían la crítica; que los teólogos de las Bellas Letras sin teología son el indicio de los nuevos herejes, que las fomentan para que los ángeles se enajenen con la hermosura del lenguaje, la dulzura de la lengua, la vanidad de la elocuencia, la fin de que se critican se lean y los lectores hacen el veneno sin saberlo. "Una vez hallé yo —dice cierto teólogo mexicano— a uno que leía un libro de Quevedo y se me movía la lección... Yo le he leído, por Dios Nuestro Señor, sin otro fin que el de denunciarlo a este Santo Tribunal. Las obediencias que en él se le han producido en mi otro efecto, que es el de no haber producido en mí, como me arrebató de tal manera su elocuencia,

Se afirma —entre tantas cosas como se dicen— que nuestra institución ha fracasado en una finalidad tan decisiva en sus atribuciones como es la educación profesional. La constitución del actual Gobierno de México, que mediante una planeación técnica y una acción esforzada lo ha dado al país un impulso tan paralelo —incluso precisamente la Ciudad Universitaria— es buena prueba de que el preparamos gente capaz, pues el grupo que lo integra sabe comprender las necesidades nacionales en sus múltiples implicaciones y acogió con fervor el anhelo colectivo de mejorar el nivel de preparación profesional.

Nunca como ahora la vida universitaria registra testimonios tan reiterados de difusión educativa, a través de conciertos, conferencias, representaciones teatrales, edición de buenos libros.

La Asociación Internacional de Universidades ha realizado minuciosos estudios sobre movimientos migratorios de estudiantes y encontró la muy significativa circunstancia de que México y Argentina polarizan el interés de ese gremio. Tal apreciación estadística se halla tan acorde con la realidad, que a la fecha la Universidad Nacional de México alberga nada menos que a tres mil estudiantes extranjeros.

No ha de olvidarse que éstos y otros factores, índice de la potencia cultural de nuestra Casa, se alcanzaron no obstante que México es uno de los países que paga menos a sus profesores, que carecemos de adecuados cuartos y locales y que la matrícula es abrumadora.

Se había necesario presentar estos datos escuetos y reveladores a la opinión pública.

que me costaba trabajo dejarlo de las manos para atender a mis precisas ocupaciones.

La novedad aparece así en no pensar que las cosas acostumbradas sean siempre buenas, y malas las desuadas, en mirar las virtudes de las mismas cosas y no lo que dicen de ellas las autoridades, en atribuir más importancia a las experiencias y a las vivencias propias que a los dichos y

tradiciones ajenas, en amar temas y disciplinas que si no son convenientes al cristianismo si son por lo menos distintos, en tener gustos poco o nada religiosos donde había antes placeres religiosos, en buscar la verdad por medio del instrumento teológico (la institución de los protestantes); en fin, en amar las Bellas Letras sin reparar en la teología, en el amor cristiano, en el respeto de las

autoridades. Así, la novedad no aparece en la literatura simplemente porque los temas sean herejes, sino porque se niega la ortodoxia cristiana, porque se hagan afirmaciones expresas contra la fe y las creencias antiguas, sino porque hay una distracción de la religión, un alejamiento del espíritu cristiano, una falta de propósitos que ante movían al escritor y al lector católicos. Aparece la novedad en el hecho mismo de que los autores cristianos tienen un regusto de aquella elocuencia y retórica que no cumplen al destino religioso de la vieja elocuencia y de la antigua retórica. La verdadera novedad, la más peligrosa quizá, existe más que en un nuevo humanismo racionalista, contrario al humanismo católico, sino en un gusto abundante de temas que no son católicos, e incluso en el gusto de la elocuencia, del estilo como modos independientes de la religión y del nuevo humanismo. Este fenómeno, que se repite en otros temas y de gusto relacionado de los estilos poetas, este fin de cultivar las Bellas Letras por las Bellas Letras y nada más, es una novedad ciertamente en el mundo colonial hispánico, aun cuando no lo sea en el mundo europeo. La magnitud que alcanza en el siglo XVII es incomparablemente superior a la que tuvo en las letras renacentistas que no llegaron a una plena afirmación española. Hay en el siglo XVII una novedad en el mundo hispánico y en la misma España, que frente al renacimiento y la reforma levantó nuevas dedenas cristianas, y forjó una cultura cuidadosísima de dar a Dios lo que era de Dios y al mundo lo que del mundo era, una cultura por lo demás suprema, original y clásica, en la que se afirmaba con una diversidad estilos y amores estilísticos un hondo humanismo católico.

Cuando la Edad Moderna entró en el mundo hispánico ya era tarde en la historia de Europa. Ya los protestantes, los humanistas del Renacimiento, los jansenistas y los libertinos, los moderados y revolucionarios cartesianes, habían dado mucho de lo suyo. Sus ideas y su espíritu habían contagiado a los espíritus herederos y éstos aventajaban en la senda de las herejías, no se diga ya a las tendencias modernas del pensamiento protestante, sino incluso a los libertinos franceses del siglo XVIII. Los teólogos hispanoamericanos se enfrentaron así a sus contemporáneos, observaron el nuevo espíritu que invadía a España y a América, pero descubrieron el cuadro histórico que había conducido a la actualidad herejía. Por eso su suspicacia fue grande. Descubrieron los caminos ocultos que habían conducido a la profanidad del tiempo.

(Pasa a la pág. 20)

PRINCIPIO Y FIN del MAR

Poema en dos cuetos

1950

YO soñé con un mar recién nacido, un mar deshabitado y en reposo, un transparente esigma silencioso, huérfano de vocación y de zóndis.

Un intido mar enajenado en su impoluta soledad, despojo de un cósmico dolor, y por el ojo de una insospechada eternidad librado.

Un agua de quietud bebiendo apenas aquel príncipe mar que te traía un despertado su inocencia pura sobre la castidad de las arenas.

Agua en preñado adriel dormida, agua sin navegantes y sin peces que un ósculo sutil rozaba a veces con tímida promesa de la vida.

Líquida calma sin asombro humano que condara el misterio de la hondura ni brazo que alargara la insegura y trémula caricia de una mano.

Planicie sin arena y sin ultraje bajo un aire que beza y que no riza, doncellez de cristal que se horripila de la posible inestabilidad en un traje.

Agua sobre la tierra sin pecado que no oculte, sin aurores y que del gran desierto precioso, fuera como bautismo amatorio.

Diamantina quietud, claro y risueño espejo de sí propio, paraíso de la fuente y el rastro de la fuente ya juntos en la oscuridad de su vuelo...

II

Y vi que el agua se tiñó de rosa, y fue la densidad ruborizada

que siente de imprevisto la mirada que en su regazo virginal se posa.

Rasgó las nubes y asomó tras ellas el primer sol inaugurando el día, y al mirar que en las ondas se perdía, hubo un nocturno soldado de estrellas.

Malidos dotes ataron fraguas, cuervos hostiles destataron vientos, y herida de pavos y de cisnes, la tierra rebulló bajo las aguas.

Zarzaparral bobo al romper la aurora entre ravellos de azoradas aves mientras en la cubierta de las naves vuelca su carga el cofre de Pandora.

Tiende las manos y el peligro advierte la turba que sorprende la partida, y es el mural de rubilante vida un faro que se agita en la muerte.

Corren las quitas levantando espuma por los tópicos dubiosos y precarios, y el celo de dorados vellocinos oscila entre las mallas de la bruma.

Al intome compás de los remeros que abandon lutas y divisiones mueras, hay un largo desfile de horizontes y un maripío campá de luceros.

Cubren los cielos espigas y presagios que agurran riesgos y predicciones, y suenan de epifonías en epifonías romances de tormentas y naufragios.

Trampas de escollas y tracción de arenas, anares alaridos y canciones: sirenas que cantaban corazones y Androméas que floran sus cadenas.

Tras verdades lomas, el alto engaño escude: Verdes que al encanto embujan,

y hay gradientes de pícaras que se extrujan, y balantes voladores en rebello.

Un día, por lavar la pestilente rana morosa, las lavanderías trancaron: mas en el arca que resaca el mundo se talaba la maldad con la simiento.

Se abre destajés como una roña herida, guarda al semita y al espíto traga; mas por el mundo el redimido voga, errante con sin amor y sin guardia.

Horno vital y vasto cementerio, y en el mundo el mundo se talaba, resaca lo mismo que sepulta en sus laboratorios de misterio.

Al oplo de huracán que todo arrasa, se estremecen las aguas; y en el fondo, como un anago temerario y hondo, el pez tímido de la muerte pasa.

El olímpico río, que saca fuerza lista en pedo ocultos, con brote submarino de volcanes empina laves y las nubes resta.

Su norte pierde el hierro de la aguja, y al galete de brújula perdida, corren a través de la noche, como que asota el crimen en el mundo empia.

En morbosas arides, sin que el estorbo salvadora deidad, el hombre impuro rompe y divalga el eternal secreto que marca el ritmo en que se mece el orbe...

V'i la curmisa del viento violado y consumera el corazón del mundo en una gonzalezca estrofa. El mar sobre el planeta moribundo fue una lágrima azul evaporada.

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ

Del libro póstumo El Nuevo Narciso y otros poemas, próximo a aparecer en la colección Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica.